

Las dos pechinas que decoran la puerta de la Clase XX (*Cerámica y Mosaico*) son dos malos trozos, inferiores aun á los que ha producido la Escuela del Estado; y sin embargo, su ejecución lapidaria procede del buen método. Pero el estilo, el dibujo, la elección de los colores son de tan mal gusto que ningún esfuerzo del mosaista hubiera podido salvarlos.

Por excelente que sea un procedimiento, jamás puede reemplazar el arte; únicamente lo sirve con más ó menos acierto. Para comparar útilmente los dos métodos, hubiera sido preciso haberlos puesto enfrente aplicados á obras de igual mérito artístico. Por desgracia el método de cuadros alternados en tablero de damas, tal como se nos ofrece en la Exposición, no ha tenido buenos modelos.

La fontana, cuyo modelo ha suministrado M. J. Blanc, no está suficientemente realizada. La figura principal, la figura desnuda que adorna el fondo no ha podido hacerse en mosaico, por falta de tiempo, y no es más que una pintura, si bien se distingue por una gran armonía de coloraciones. Puede ponerse al dibujo el reparo de estar muy retocado y por demás abierto en sus contornos; pero á no considerar más que su reproducción en mosaico, hubiera bastado como término de comparación con las figuras de la puerta dibujada por M. Luc-Olivier Merson.

Fuera de estas producciones, muy pocas, entre los nuevos ensayos que pueden verse en la galería particular de la Clase XX, tienen interés de arte; merecen sin embargo estudio á título de especímenes de una industria enteramente nueva.

El mosaico que, por espacio de tantos siglos, fué el privilegio de Italia, está hoy en boga en Francia, y dos talleres de este arte se distinguen entre todos en nuestra patria: el taller de Facchina y el de M. Guilbert-Martin.

Al italiano Facchina, establecido en París hace veinte años, cúpole el honor de decorar con mosaico la Opera de esta capital. Es artista hábil y conocido por su reputación que no desmienten las producciones que á menudo nos muestra.

En primer lugar las copias de dos frescos venecianos. Los modelos presentan un decorado magnífico, una composición llena y de superior estilo. ¿Ha sabido Facchina permanecer digno de ellos? Bajo el punto de vista del trabajo lapidario, el enano visto de espaldas en el primer fresco y ciertos paños en el segundo son de una ejecución superior.

Facchina nos parece haber estado muy menos inspirado en las composiciones modernas que nos presenta. La principal es una alegoría de la ciudad de París, un poco vacía, casi deslavada, como la porcelana cuyos tonos hubieran corrido al fuego.

En mi sentir, es un gran defecto en el mosaico tener ese aspecto de mala cerámica. El mosaico tiene más recursos que su rival, y por consiguiente debe dar una impresión de arte más delicada y vigorosa al mismo tiempo.

El artista de porcelana no dispone más que de un pequeño número de matices, una docena á lo más. Fuera de esto no permanece dueño de ellos. Pinta en materia cruda que debe pasar por el fuego, y á menudo, muy á menudo, á la salida del horno no encuentra en su obra nada de los efectos que había previsto.

Nada semejante le sucede al mosaista; sus colores están de antemano cocidos, y tan bien cocidos que cuando son de buena fábrica ni el tiempo puede corroerlos. El artista que los emplea tiene pues la certeza de sus efectos, y si los resultados son falsos, suya exclusivamente es la culpa. Además tiene millares de tonos y los varía á voluntad, según su gusto y su instinto. Tiene verdaderamente materiales de arte.

No se deseará ver algunas de las obras que expone Guilbert-Martin, las cuales son



Taller de mosaico

pesadas, con frecuencia vulgares, como su tablero de las armas de la ciudad de Saint-Denis, que tiene el aspecto de un estandarte. Guilbert-Martin no es, hablando propiamente, un mosaista; es un gran industrial vidriero que llamado á fabricar esmaltes para el mosaico, tuvo la idea de emplear por su cuenta sus propios productos, estableciendo en su misma fábrica un taller bajo la dirección de un jefe habilísimo, artista italiano procedente de la Escuela del Vaticano.

Pero no todos sus modelos merecían la misma censura, y señalaré, por ejemplo, los que reproducen motivos de la cúpula del Louvre ó del ábside del Panteón. El uno, la cabeza de Poussin, ofrece bella ejecución técnica; el otro, la cabeza del Cristo, es de un modelado muy suave. Una serie de pavimentos al estilo antiguo, negro sobre fondo claro, están superiormente tratados.

El taller de mosaico de Guilbert Martin está en notable progreso, como lo está su manufactura para la fabricación de los esmaltes que suministra al Estado.

Al principio de la fundación de su escuela, era el Estado tributario de Italia para sus surtidos de esmaltes. Por otra parte el Vaticano podía pasar por un proveedor sin rival, como quiera que llegaba á producir hasta treinta mil matices. Pero desde entonces, quebrantado por el trastorno de los hechos públicos, ha decaído mucho.

El Papa no es ya dueño de las iglesias de Roma, las cuales para su ornamentación de mosaico exigen la permanencia de un personal de artistas numeroso; y falto de empleo el taller del Vaticano tiende á desaparecer.

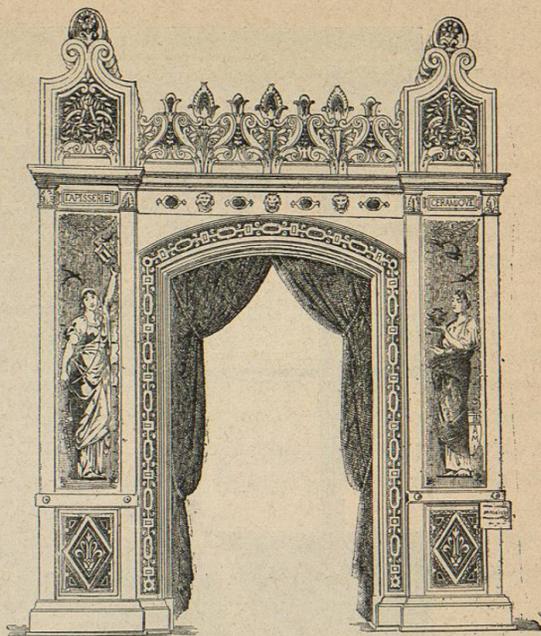
Desde la muerte de su químico, muy reciente, es verdad, no fabrica ya colores; vive de sus provisiones antiguas y si algo le hace falta lo pide á Francia. Guilbert-Martin es quien se lo fabrica.

La fábrica de Sevres estuvo encargada por espacio de algún tiempo de hacer el esmalte para la Escuela de Mosaico, y llegó á producir cubos de admirable pasta, pero de apagados tonos.

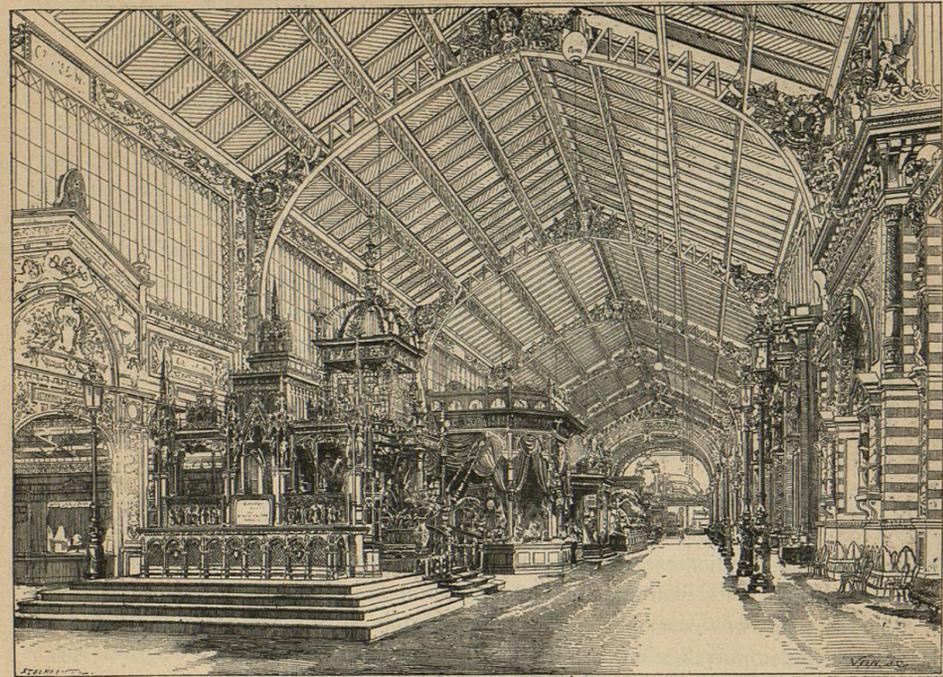
Guilbert-Martin ha logrado lo contrario, pues obtiene tonos francos, muy puros á expensas de la pasta que con frecuencia resulta con venteaduras. Una vez tallados en cubos, sus esmaltes, especialmente los de ciertos colores, no ofrecen ya una superficie bastante lisa; todos están picoteados con ojuelos que llaman y retienen el polvo disminuyendo su esplendor. Guilbert-Martin no tiene, como el Vaticano, el secreto de treinta mil colores, pero descubre todos los días algunos nuevos y puede crearse hasta cinco mil: el número es ya respetable.

Otros mosaistas figuran en la sección francesa como Zannussi y Zambon, y bien que sus productos no ofrecen igual interés de arte, á lo menos forman número. Es un honor para Francia estar tan bien representada en el arte difícil por excelencia. Un extranjero, Salviati de Venecia, expone mosaicos de arte, que tienen bellas cualidades, flexibilidad y vigor; pero no son superiores á los nuestros. Es un éxito muy serio. Ciertamente, la Escuela oficial se ha manifestado inferior á sí misma; pero ha probado, en otra parte, lo que puede dar cuando no abandona los principios de la buena época. ¿Se necesita más para justificar los pocos gastos que cuesta al Estado?

FERNANDO CALMETTES.



Puerta expuesta por la Escuela de mosaico



Vista de la Galería de treinta metros

EL DOMBO CENTRAL

Y LA GALERÍA DE TREINTA METROS

La educación de la Escuela de Bellas Artes, con sus decisiones indigestas, con su estrecho exclusivismo y su pedagogía prehistórica, ha hecho acaso más daño á nuestro país que una epidemia, que una invasión, que un cataclismo cualquiera; sobre todo, en arquitectura su influencia ha sido nefasta.

En efecto, ayudada por la complicidad tácita del público, que no se interesa en las manifestaciones de un arte severo y firme, alentada por el silencio de los críticos, cuyos conocimientos técnicos no superan en arquitectura el nivel medio de la multitud, la pandilla clásica ha estado mucho tiempo en auge y todavía se agarra á una dictadura que se le escapa. Gracias al servilismo del Estado, que á pesar de todo, continúa siendo su prisionero y casi su lacayo, la pandilla distribuye los cargos, reparte las recompensas, alienta las apostasías, sitia por hambre los talentos, castra las conciencias, ahoga las individualidades, atrofia los cerebros, reniega del más rico y admirable patrimonio que un pueblo haya poseído jamás, ofende el buen sentido y el gusto más elemental, inunda de odiosos edificios neogriegos la patria de Felipe Augusto, de San Luis, de Luis XII, de Francisco I, de Luis XIV, de Luis XVI, deshonor la Francia de Poitiers, de Chartres, de París, de Ruan, de Blois, de Chenonceaux, de Saint Germain y de Versailles.

En cuanto á la pintura y la escultura, la recia y salvaje lucha empeñada en otro